

MI ENTRADA EN EL PERIODISMO

No van de esto muchos años: parece que fué ayer, según tengo claras las especies; y nótese que yo me sé.

Era todavía muy joven y terriblemente fuerte con mi barniz literario del bachillerato: por esto y algo más que callo, me propuse periodiquiar en la primera ocasión que se presentara.

Iba a salir el *Stella matutina*, nombre ideado por el empresario ó caballo blanco, que lo titulaba así porque quería que el nuevo periódico se anticipara en todas las casas al chocolate, y no llegase después á manos del lector que madura, como le sucedía á él con el *Diario de Manila*; contrariedad que le obligó á darse de baja en la suscripción.

Para él, su chocolate y obligado vaso de agua, debían tomarse á manera de postre ó enjuague posterior á la lectura, también forzosa, pero generalmente desagradable, de todo periódico. ¡Diablo de opinión!

Yo coji á mi hombre en buenos momentos: estaba rodeado de otros cuatro de diferentes edades que figuraban en la plantilla del *Stella*, cuya aparición deseaba impaciente el público de Manila, cansado ya de los otros periódicos que se publicaban á la sazón. En los cafés y pequeñas tertulias se decía mucho y bueno del plan de redacción é ideas por cuyo medio iba el *Stella* á dotar á Manila de atmósfera más oxigenada.

El que seguiré llamando *caballo blanco*, á estilo de negocio teatral, era un hombre de media edad, á cuyos rasgos de filiación en pasaporte no había manera de poner otro adjetivo que *regular*. Era tipo físico de molde común. Pero ofrecía una singularidad rara, á modo de señas particulares.

Era el hombre de más gestos que he conocido en mi vida. Todos los músculos de su cara y todas sus facciones, nariz y orejas inclusivas, estaban en movimiento cuando pensaba y cuando hablaba. Esto daba la mayor expresión á verdaderas perogrulladas que decía con el tono propio de sentencias. ¡Qué arquetipo de cejas! ¡Qué manejo el suyo de ojos y de labios! ¡Qué sonrisas y qué *facies* terrible! ¡Qué rítmico en él para recalcar los conceptos! Yo estaba muy complacido mirándole, aunque haciendo esfuerzos para ligar gestos y pensamientos, lo cual era difícil pero muy entretenido.

Con los que de él dependían, según me apercibí después, era discursivo y declarador. Por la exageración y vehemencia de sus juicios me recuerda otro tipo semejante. Era este cierto consejero militar, vijejo, de una dependencia agregada al Ministerio de la Guerra, oficial retirado é italiano de origen; el cual era obligado contentidío de los que íbamos á dicha oficina por cualquier asunto. Todos le hacíamos mucho caso por su condición de oficial y árbitro de preferencias para entrar antes. Cuando oía hablar de alguien que no le gustaba, ó de alguna supuesta irregularidad grande ó pequeña, aplicaba inmediatamente, á modo de comentario, esta, que era su eterna metáfora: "Yo lo fuchilaba."

Pues bien; en los discursos y gestos del caballo blanco de *La Stella matutina*, se leía constantemente el *yo lo fuchilaba* del viejo consejero de Madrid.

Me recibí con atención y mirándome mucho de la cabeza á los pies, con ojos muy abiertos, antes de contestar mi saludo; y enterado de mi pretensión, tomó un aspecto solemne y principió un discurso en el cual habló largamente de sus méritos y servicios, de su gran experiencia periodística, de lo mucho que conocía el país y sus necesidades, de la santidad de su misión que él tomaba como un verdadero sacerdocio, de las dificultades del oficio; de mi poca edad que no era garantía de instrucción ni criterio, y de sus planes respecto al *Stella*, cuya redacción debía ser eco fiel de su espíritu.

—Sí, señor—interrumpí, mirándole de un modo particular, uno de los redactores, que me pareció más ladino que inocente—este caballero, dueño del *Stella*, es nuestro director espiritual.

Reanudando el hilo de su discurso el caballo blanco, al fin se ocupó de mi pretensión y quiso examíname.

—Y ¿qué es lo que sabe V. hacer? Por poco suelta la carcajada, porque así preguntaba mi madre en Madrid á toda criada nueva; y recordando lo que estas solían contestarle, estuve para decir:

"Pues sé barrer, coser, lavar, planchar, fregar, hacer un buen puchero y media docena de guisos."

Pero volviendo á ideas de la vida real, me contuve y dije:

—¿Qué sé hacer? Lo que se ofrezca. En cinco minutos hago yo un artículo de

fondo político, que deja tambaleando á un ministro.

—¡Tu, tu, tu, tu!—exclamó con feroz aspecto el caballo blanco.—Eso no lo necesitamos. ¿Qué otra cosa?

—Literatura, quiere V.? Imito en un periquete todos los trabajos conocidos de nuestros más eminentes literatos.

—¡Hombrel! ¡hombrel! Eso ya es algo; pero lo que buscamos es un verdadero reporter, noticiero incansable, activo, corredor, observador, ingenioso, que todo lo averigüe y que de cada plumada haga dar zapatetas en el aire á los concejales comodoros.

—¡Oh! en ese género soy especialidad; poseo recursos propios, y uno de los que sé manejar es la poesía aplicada á los servicios municipales, que ha hecho una verdadera revolución en literatura y en administración local.

—Y ¿qué es eso? ¿No nos podría usted dar alguna muestra?

—Ya lo creo que sí.

Y cogiendo la pluma, improvisé las siguientes gacetas:

BACHE.

Caballero, hay un bache frente al teatro de Tondo, al cual se va por Binondo, que aquel es el bache *ache*.

LIMPIEZA PUBLICA.

¡Oh contratista del carreton, que tan mal limpias la población, cuyos sobrantes al Malecon llevas tu siempre, tan remolona, tu no visitas un callejon al que avicina la redaccion, y los miasmas un sofocón nos están dando de sopetón: pedimos te echen un buen mu'ton.

—¡Bravo!—gritó el caballo blanco:—eso es saber amenizar la gaceta y elevar la poesía lírica al rango de institucion municipal. V. es mi hombre. Pero, amigo, esa difícil facilidad que V. posee, no es suficiente aún para llenar el puesto. En el *Stella* quiero sábios y eruditos: sobre la punta de un alfiler se levantan aquí polémicas tan áridas que tiembla el misterio. Es necesario que cada uno de los redactores á mis órdenes sea un pequeño Pic de la Mirandolina que sepa de todo lo sabible y de lo demás, ¿Cómo andamos de Historia universal?

—¿Qué cómo andamos? Pues, perfectamente. Pida V. por esa boca.

—Diga V. algo de historia antigua.

—¡Oh! en eso estoy fuerte. ¿De qué prefiere V.: del tiempo de los moros en España, ó de tiempos posteriores, como los de Roma y Grecia? ¿Quiere que le hable de las guerras del Peloponésico? Pero estas son cosas de ayer. Tal vez V. prefiera que le relate las campañas de Anibal para la conquista de Australia en el año catórcide de la Egira. Pues revístase V. de paciencia, que allá voy.

—No, no; no es necesario. Ya veo que V. sabe mucha historia antigua. ¿Así domina V. la moderna?

—¡La moderna, dice! Es mi manía, justamente. Conozco todos los nombres célebres y sucesos contemporáneos, y hasta sé de memoria los discursos de los grandes oradores. Voy á decir á V. algo de los hechos famosos de lord Malborough, que por corrupción llaman Malbró, las niñas durante sus juegos infantiles en la Luneta. Seré breve, en tres horas digo á V. de pe á pa todos los detalles de la campaña en que derrotó cuatro veces á Epimiondas que mandaba el ejército alemán.

—No tenemos tiempo. Me basta saber que V. también está de la parte de afuera en ese ramo.

—¡Y tan de la parte de afuera! Pero déjeme V. repetir el discurso de Mister Pick sobre el alcohol amílico: "Milores y señores....."

—¡Pero, eso es largo?

—No señor; hora y media cuando más.

—Déjemoslo pues, y dígame V. que tal se siente en literatura.

—Así, así; no sé de memoria sino veinticinco dramas de Calderón y cuanto se ha escrito desde Moratin acá. ¡Qué bonito es aquello de

Hipógrifo violento
Que corriste parejas con el viento,
¿Dónde, rayo sin llama
Pájaro sin matiz, pez sin escama
Y bruto sin instinto
Natural, al confuso laberinto
Destas desnudas peñas
Te desbocas, arastras y despeñas?

—¡Sobrebial! ¡Sublime!—exclamó el director espiritual del *Stella*, digo, su caballo blanco—¿de quién es eso?

—¿De quien ha de ser?—contesté yo—de Zorrilla.

—¡Ah! No me estraña á mí ahora que

sea el ídolo de ciertos políticos-chiles. ¡Es mucho hombre D. Manuel! Amigo mío: nos ha demostrado V. que es mozo que vale y que ha aprovechado el tiempo; y como quien sabe lo más sabe lo menos, tendrá V. en la uña, como quien dice, todas las ciencias, y en especial, la Física y la Química, de las cuales ocurre hablar con frecuencia, ahora que la electricidad, los microbios y los alcoholes están de moda.

—Ya se ve que sí—dije yo con el mayor aplomo y habiendo tomado bien los puntos que calzaba mi exáminador.

—Vamos! veo que nos vamos entendiendo. No preguntó á V. si sabe latín, porque ya ha dicho V. que tiene el título de bachiller; pero le recomiendo no lo olvide. ¡Tiene tantas aplicaciones en el periodismo militante! Yo no lo estudié ni en mi niñez, ni en la pubertad, ni en la juventud, ni en la edad viril, por mi desgracia.

—¡Oh! Todavía podrá V. dedicarse á tan ameno estudio en la ancianidad!—le dije, por vía de consuelo, y agregué:—Si V. quiere, tengo yo un método con su correspondiente libro de texto, para poseer el latín *ad usum periodisticum*, que se aprende en dos horas.

—¿Es posible?

—¡Tanto lo es, que coje V. *Los eruditos á la violeta*, de Cadalso, y allí se satura V. en un periquete de textos de empleo ordinario como *risum tenentis, quantum mutatus ab illo, Quousque tandem? Ubinam gentium sumus? Post núbilla Fabus*, etc., etc. Pero debo advertir á V. señor mío, que la nueva moda es sacar á relucir, pregun ó no pregun, algunos textos en griego. Esto suele dejar aplastados á los contrincantes en las polémicas más ardientes.

—¿Y también posee V. el griego?

—Casi mejor que el castellano. A mí acudió Eusebio Blasco para que le hiciera la canción aquella, en griego purísimo, del tiempo de Eurípides, que en *El joven Telemaco*, tragedia que seguramente conoce V., cantan las niñas para distraer un rato al hijo de Ulises: hablo de aquellos versos, en griego tan dulce aunque enrevesado, como todo lo clásico, que principian así:

Suripanta la Suripanta;
macatruqui de somate;
sulfaribus, eriguqui
macatruqui de suripé.

—Pues ahora nos falta el remate, el debido complemento de un redactor á la altura de las exigencias de la época. ¿Cómo andamos de esgrima?

—¡Ah! si que estoy flojillo. En mi vida he cojió un sable. No se usa eso en la Almería, donde he nacido: un legítimo aragonés se avergonzaría de prepararse con tales aprendizajes para romperle la crisma á quien le fite al respeto.

—Desgraciado!—murmuró el caballo blanco con abatimiento.

—¿Otra que Dios! Tan indispensable es eso para compartir el honor de redactor el *Stella*?

—Muy necesario; indispensable; y sinó, dígame V., joven incauto: ¿qué partido tomará V. si en un colga le dirigiesen la afrenta mayor que se puede hacer á un periodista de su especialidad?

—Pues, si me dirijen la afrenta mayor de que hablan las leyes de Partida, llámádomo *gafó*, me echaré á reír.

—¡Mayor insulto aún—añadió el caballo blanco.

—¡Mayor insulto si me dicen en español lo que en francés se llama *cocú*, pensaré lo que deba hacer cuando esté casado.

—¡Agravió mayor todavía! ¡Joven! Uno que mata moralmente á un escritor.

—No caigo.

—Venga V. acá, santo varón. ¿Qué recurso queda á V. en lo humano, más que enviar sus padrinos á quien, examinando con crítica mordaz un trabajo literario de V., estampa *coram populo* que no tiene prosodia?

—¡Brrrrrrrr!—grufí con iracundia cómica y conociendo ya del todo á mi hombre.—No me lo repita V., que toda la sangre se me sube á la cabeza. Al que tal insulto me dirija, le busco y le doy una pateadura de que no se levanta en medio año.

—Bueno, conforme: es un medio supletorio, teniendo alma y puños para ello. ¡Joven! queda V. admitido en la plantilla de redacción del *Stella matutina*.

Tales fueron mis principios en la profesión, y de ellos estoy lleno de orgullo, porque he aprendido mucho en los pocos años que trabajé bajo la dirección de aquel hombre eminente.

TANDSTIKOR
DE PARAFINERADE.

MONSIEUR FERRY

Conocidas son las acusaciones de cobardía que los radicales franceses han dirigido á M. Ferry por la energía con que los padrinos de éste resistieron á las exigencias de los de Boulanger.

Con motivo de tales acusaciones, los periódicos franceses, en su mayor parte, recuerdan la conducta observada por M. Ferry en las circunstancias del 31 de Octubre de 1870, durante las cuales demostró la serenidad y el valor de que su ánimo está asistido.

En aquel día de trágico recuerdo para la capital de Francia, que sufría por entonces los rigores del sitio, M. Ferry formaba parte del Gobierno. Este último se había, como vulgarmente se dice, echado en el surco, y el General Trochu el primero. Ferry, ayudado por su hermano Carlos, recogió á sus colegas de la honrada en que yacían caídos.

En el Louvre y en la plaza de Vendôme se hallaban respectivamente los estados mayores del Gobernador de París y de la Guardia nacional. Continuamente llegaban á uno y otro lado mensajeros anunciando que el Gobierno estaba prisionero en el Hotel de Ville, y que era necesario acudir presurosamente en su ayuda.

El oficial y los ayudantes de campo respondían:

—No tenemos órden ninguno.

Objetábanles que el General Trochu no podía expedir órdenes, puesto que se hallaba secuestrado.

Los ayudantes seguían contestando á coro.

—No tenemos órden ninguno.

—¡Ah!—exclamó un articulista que refiere aquellos hechos:—nunca será un General el que sirve á una población y el que venza á las masas aborrotadas."

Atormentado M. Ferry y su hermano desconocían por completo la Ordenanza y el servicio de la plaza.

Carlos, el hermano, se fué á la plaza de Vendôme, halló al pie de la columna al batallón 106.º de la Guardia nacional, le arengó, le entusiasmó, le llevó consigo y le introdujo en el Hotel de Ville. Allí se encontró á MM. Arago, Ferry y Pellan y los libertó. Ernesto Picard ya se había libertado por sí mismo.

Mientras Picard constituía una base de Gobierno, M. Jules Ferry formaba un cuerpo de tropa y se dirigió nuevamente sobre el Hotel de Ville. Se apoderó de él y obligó á los usurpadores á capitular. En seguida procedió enérgica y rápidamente y al mismo tiempo con toda la prudencia y el mayor dominio de sí mismo, á cuanto exigía una situación como aquella, de la cual podía salir á cada instante una espantosa complicación.

Al día siguiente, M. Ferry era nombrado Alcalde de París; lo tenía bien merecido.

Alcalde de París, no tuvo, á la verdad, mucha suerte en su sistema de sustentar á la población sitiada. No tenía más remedio. Pero es singular como prosperan y llegan á convertirse en verdaderos ataques los cargos y las cuchufletas de menos sentido común.

París no ha perdonado á M. Ferry el pan de salvado, de paja y de yerbas que le hizo comer durante el sitio. Cada vez que, como Ministro de Instrucción pública, presentaba últimamente un proyecto, de todas partes se levantaba esta voz:

—¡Pan del sitio, pan del sitio!

—¡Como si un bloque fuese un bloque en casa de Rignon, y como si, de haber tenido Ferry algun acopio de harinas á su disposición, fuera posible creer que no las hubiera é! mezclado de muy buena gana con las yerbas secas molidas, que, en forma de pretendido pan, devoraba París, en Diciembre de 1870!

Después del armisticio, y durante las conferencias preliminares del tratado de paz, M. Ferry volvió á demostrar la mirada segura y el espíritu firme que le asistían delante del peligro. En las seis semanas de angustia que pasó la capital, desde el 18 de Marzo al 1.º de Abril, se mantuvo en su puesto, del cual no se le había querido relevar.

Otros muchos habrían aprovechado la mudanza de régimen para presentar su dimisión. El permaneció al frente de una ciudad sin policía y casi sin tropas, siendo blanco de los odios populares por el papel que había desempeñado el 31 de Octubre y por el recuerdo de los sufrimientos del sitio.

La azarosa jornada del 18 de Marzo no le hizo perder la cabeza. Se opuso con toda la energía que pudo á la evacuación de la Prefectura de policía y los edificios de la Cité por las tropas de línea. Se empeñaba en defender el Hotel de Ville, diciendo que le bastaban

500 hombres para sostenerse indefinidamente.

A las siete de la tarde, el General Vinoy le retiró las escasas tropas que le guardaban. El se negó á marcharse.

Exigió por telegrama una órden expresa del Ministerio, y hasta que no recibiera esa órden, se mantuvo en su puesto, amenazado por todas partes. A las diez de la noche salió del Hotel de Ville, y antes de salir dirigió al Gobierno este breve y sencillo despacho:

"Las tropas han evacuado el Hotel de Ville. Todos los dependientes del servicio se han ausentado. Yo salgo el último."

De un hombre que tiene estos antecedentes en su historia, no se puede decir que haya temblado ante la espada ó la pistola de Boulanger.

QUICAY

Quicay era una guapa chica, *dalaga* en el sentido gráfico de la palabra tagala, que además de significar joven soltera, también expresa la virgen de cuerpo.

Quicay, pues, poseía dos ojos negros, ojos oblicuos, de brillo fosforescente; su nariz era ligeramente aplastada; su boca seguía la perfecta horizontal, quizás algo caída del extremo derecho; su barba algo saliente con un hoyuelo en el centro, y las dos orejas de regular tamaño y de las cuales pendían dos aretites de coral. Pero, lo que más agradaba la simpática cara de Quicay, era un luarcito que mediana entre boca y nariz con cuatro pelos crespos y sedosos. Sus adoradores la decían:

—Quicay, diera mi vida por besar esos pelos.

Y la muy pícaro se reía tan satisfecha...

Quicay vivía en una de las casuchas, del pueblo de Tinajeros, y aunque estaba en una calle céntrica, era como si estuviera en el campo; y su *bahay* se levantaba en medio de un laberinto de construcciones idénticas, con un cercado de cañas y enredaderas, algunos plátanos dentro del solar cubierto de yerbas, y un charco de sucias y estancadas aguas debajo de la casa, en donde se revolaban una marcana, mitad blanca y mitad negra, con su cría de seis gorrinitos, también pintados como la madre.

El *bahay* de caña y nipa se componía de la sola habitación, en cuyo fondo estaba la cocina. La única sala de la casucha, amueblada con dos bancos de caña y un aparador, servía de dormitorio, y allí se iban á la siesta y de noche, toda clase de fantasías, la madre, vieja rugosa y gruñona, Quicay y tres hermanitos menores, dos varones y la otra hembra.

Quicay, el día en que la presentamos á nuestros lectores, vestía de fiesta, como que era domingo y por más señas la iglesia celebraba el Dulce nombre de María. Nadie, al verla tan ataviada, diría la miseria y privaciones que respiraba el *bahay*. Sus sayas eran de seda con trama de algodón, á rayas amarillas y encarnadas, su camiseta de sinamay bordada y tan estrecha que amoldaba las curvas de sus turgentes pechos. El pañuelo horriblemente almidonado le cubría la sedosa nuca, y su mata de lustroso cabello, negro como la pluma del cuervo, estaba recogida sobre la coronilla por una peineta de oro y perlas, que parecían buenos, así como un collar que daba tres vueltas, velando parte de su atreopelada garganta. Formaba el complemento de Quicay un perito de lanas blancas, trasquilada la mitad trasera de su cuerpo, de ojos llorones y legañosos y rabo terminado en plumero.

Un palmito como el de Quicay no podría menos de tener adoradores, y lo era uno muy asílulo: el *bagontao* Lucio, moscón incómodo á quien la *dalaga* no podía espantar ni con sus desdenes, ni con remojaduras cuando se obstinaba en asediar sus ventanas.

Bien es verdad que el pobre mozo era bastante inculco, en su moral y en su físico. Visayó, del interior de la isla de Panay, apenas entendía algo del *castilla*: comía la morisqueta grossamente á puñidos, pringándose nariz y barba, y se sonaba con una libertad respiguante sin ocultarse de la gente, con otros excesos que no son para dichos.

La pobre niña no podía apechugar con tanto *incultismo*, y de aquí que no le pudiera ver ni pintado.

Otro admirador de Quicay era el hijo del *capitan pasado* Antonio, con infulas aristocráticas, y que miraba por el hombre á los demás *bagontaos* del pueblo.

Las gracias de Quicay le impresionaron tanto, tanto, que llegó á solicitar una entrevista de ella, y aún se excedió en escribirla algunos billetes amorosos, que

la mandaba por conducto del alguacil del tribunal.

Una de estas misivas se extravió de la mano del alguacil y cayó en las de Lucio; decía así:

"Quicay, la más hermosa hada de Tinajeros; los rayos de la luz divina de tus ojos han cegado los míos, y no deseo otro bien que poseerte."

"Mi calidad de hijo del *capitan pasado* Antonio, debe de envanecerme, pues además de darte nobleza, te sacará de las pestilentes regiones en que vives, y que pretende encanagarte más aún ese bruto y *bahuy* de Lucio."

"Acepta mis amores, Venus filipina, y seremos los más felices de los mortales. Te adorará por siempre jamás tu: Nazario."

Hijo del *capitan pasado* Antonio.

Lucio se quemó las pestañas al querer interpretar el billeteito pero, cúl no conocía ni la H. Refl. xionó largo tiempo, y por fin resolvió ir á buscar al mismo alguacil, para que le descifrara los misteriosos caracteres.

Así pues, le fué á encontrar llevando el billete enrollado en la mano izquierda, mientras que con la derecha se rascaba la cabeza, las protuberancias donde concluye la espina dorsal y cuanto más hay que rascar.

Luego que hubieron cambiado algunas palabras se pusieron cómodamente en cuclillas delante de la casa tribunal; Lucio sacó un *balutancio* con buyo, y cogiendo dos, ofreció uno al alguacil y se puso á masticar el otro.

Con la boca llena, difícilmente podía entenderse, así es que fué obra de romanos que Lucio expusiera claramente al alguacil el objeto de su visita.

Este, cuando vió la carta, comprendió esto enseguida de lo que se trataba, y se la trajo y recargó el acento en aquello de *bruto* y de *bahuy*. De tal modo le dolió á Lucio, que lo sintió más que los bujezacos que le dieran allí en su tierra cuando trataron de *civilizarle*.

Se levantó rugiendo, y alejose decidido á tomarse una venganza que fuese muy sonada.

Entretanto, el alguacil dióse prisa en comunicar al hijo del *capitan pasado* cuánto sucedía, diciéndole para escusar la posesión d'el billete por Lucio, que Quicay se lo había entregado.

Los celos y la rabia se despertaron en el pecho del pretencioso joven; la traición era manifiesta, pero, no le atormentaba tanto como el pensar que sería el blanco y la burla del pueblo.

En tanto, Quicay, cuidadosa de su persona y de sus perfiles, cuando llegó al *bahay*, quitóse las ropas domingueras vistiendo otras más humildes y casi haraposas, que dejaban al desnudo sus espaldas, una manga caída hasta el sobaco y la falda arremangada que dejaba ver el grueso de la pantorrilla, los pies desnudos y el cabello suelto. En este estado, no respaldaría por la riqueza de sus adornos; todo en ella era natural, y como sus perfiles eran suaves y puros, puede asegurarse que la atracción era mas irresistible.

El sol se había ocultado y las tinieblas de la noche sumían al mundo en oscuridad profunda, como diría cualquier poetaastro.

Excitado el hijo del *capitan pasado* por el orgullo de su gerarquía, se dirigió á casa de la que causaba sus desazones, para reprenderla por su acción incalificable.

Rato hacía que estaba debajo de la ventana del *bahay* de la joven, imitando el chirrido del grillo, señal convenida entre ambos, cuando se presentó de improviso el brusco de Lucio, y sin más preámbulo, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, le asió la punta del pie, que, aunque descalzo, parecía tener la elocuencia de un calzado de siete зуелas, á cierta parte.

No le supo bien al joven aristocrático tal saludo, quizás en presencia de un ideal escondido detrás del *cayan* de la ventana, y arremetiendo con la cabeza gacha, le dió tal cabezada á Lucio, que si cuernos hubiera tenido, le habría dejado en el sitio.

A gañan, no ganaba el hijo del *capitan pasado* á Lucio, quien, haciéndole la zancadilla, dió con él en tierra, y luego fueron rodando los dos, pues aquel se le agarró fuertemente de las piernas. Allí fué Troya; puñetazo viene y puñetazo vá, y así iban revolocándose por el suelo.

Sibiendo Quicay, que no hay mayor calmante para las pisiones volcánicas que el agua, corrió al fondo del *bahay*, y á duras penas pudo llevar una gran *banga* dentro de la cual reunían todas las suciedades de la vecindad para alimentar á la marraña y su seis gorrinitos, y subiéndola al antepecho de la ventana, la dejó caer sobre los dos combatientes, que quedaron

Siempre silencioso, Nordeck volvió á empuñar el timón, pretexto de su disputa con Leon; disputa cuya verdadera causa residía en otro parte.

—¿A dónde vamos hoy?—preguntó Wandina.

—¿No convenimos en ir al bosque de las hayas?

—Me parece que está algo lejós—repuso la joven un tanto pensativa.

—El viento nos es favorable, y nos permitirá llegar ántes de media hora. En cuanto al regreso, yo me encargo de manejar los remos para acelerarlo. Entonces podréis ver la puesta del sol en el mar. Es una cosa que bien merece el viaje que hacemos.

Wandina no opuso la menor resistencia, no sin que por eso dejara de experimentar cierto temor. Como hasta entonces Leon había estado firme, era la primera vez que la joven se veía sola con Waldemar. Por niña que fuese la condesita, era demasiado astuta para no haber adivinado los sentimientos de su terrible adorador.

Nordeck, desconocía de tal modo el imperio sobre sí mismo, que sus ojos revelaban bien á las claras lo que su boca callaba todavía. Su prima estaba, pues, convencida de la fuerza de su poder, y lo utilizaba á su antojo. Hallaba un placer incomparable en doblegar por medio de una palabra ó de una mirada aquel carácter indomable. La muda y profunda adoración que se leía en su rostro, le halagaba de un modo extraordinario. Le encontraba feo, mal educado y poco ameno. El amor no había podido hacer de Nordeck un hombre amable.

Waldemar. De hecho, hubiérase dicho que si se inclinaba ante el encanto que le tenía cautivo, lo hacia por serle imposible obrar de otro modo, porque sufría en su orgullo, al sentirse dominado por una pasión tan violenta y arrebatadora.

El bosque de las hayas, en otro tiempo un islote, no era en la actualidad más que una extensión cubierta de bosque y unida á la tierra por un estrecho sendero que solo podía recorrerse á pié. Aquel desierto rincón, ofrecía una belleza singular que turbaba rara vez la presencia de los curiosos, porque la generalidad de los bañistas no le tenían afición; más bien le consideraba como un sitio incómodo que pintoresco. Debido á esto, los dos primos encontraron allí una soledad tan completa como si hubieran permanecido en el mar. Nordeck atracó la barca, mientras que su hermosa compañera, sin esperar su ayuda, pisaba la plateada arena de la playa.

Wandina se quitó el sombrero de paja, guardándolo de cintas negras, y se sentó sobre una piedra. Llevaba todavía medio luto del príncipe Baratowski; su falda blanca tenía adornos negros, y ceñía su talle un ancho cinturón del mismo color. Esta evocación de un recuerdo mortuorio, daba al alegre y vivo aspecto de la joven un atractivo que la hacia parecer más encantadora aún en su indolente actitud, con la cabeza erguida y las manos entrelazadas sobre sus rodillas.

Waldemar, después de haberse sentado á su lado entre las raíces de un árbol, no se ocupaba de la belleza del sitio. No veía más que á su compañera, y se estremecía como un hombre á quien hubiesen despertado en medio de un venturoso sueño, cuando la sonriente voz de Wandina le interpeló de este modo:

hechos unas sopas, empapados de un líquido viscoso y nauseabundo, con su parte grasienta y sódida.

A todo esto, el perrillo ladraba á más no poder. Al ruido del escándalo mayúsculo, se reunió el vecindario. Sucede con los ruidos lo que con las campanas, unos toques llenan de alegría y atraen, otros de inquietudes ó tristezas y repelen.

Cuando el ruido suena á algo parecido á espectáculo ó á escándalo, surge la gente de entre la yerba, pero cuando pelagra la vida ó la hacienda agena, el desierto se hace aun más solitario.

El hijo del capitán pasado, al ver acudir gente, trató de escabullirse por debajo del bahay, pero con tan mala suerte, que se hundió en el lodazal del charco inundo y le tuvieron que sacar chorreando suciedades, engonzado y con rechifla de todos los espectadores.

El pobre Lucio, hubo de dormir en la bodega del tribunal, amen de recibir veinte y cinco bejucazos porque sí, pues así lo mandó el padre del hijo del capitán pasado.

II.

Han transcurrido dos meses desde tan memorable combate.

El hijo del capitán pasado se ha eclipsado del pueblo, y malas lenguas dicen que no podía acostumbrarse á la risita burlona de sus compañeros.

Lucio pagó con las posaderas la osadía de presentarse como rival del aristócrata. Viendo, sin embargo, el campo libre, volvió al ataque.

Dice el refrán castellano, que pobre porfiado saca mendrugo. Ignoro si en Visayas hay algún refrán por el estilo, lo que sí sé, es que Lucio sacó la cabeza caliente y los pies fríos, como vulgarmente se dice; aunque creo que lo más caliente debían ser los pies de tanto andar.

Con todo, los desdenes de Quicay no fueron tan frecuentes y sus sonrisas se hacían menos raras.

Bien es verdad que Lucio se pulía moral y físicamente; ya no se sonaba de aquel modo tan irregular delante de la gente, y si no gastaba botitos de charol, era porque sus pies no se podían amoldar á ellos.

Un día dijo á Quicay, rascándose la parte más carnosa de su cuerpo.

—Quicay yo quiero pedir una cosa con vos.

—¿Abá cosa quiere vos?

Volví á rascarse en donde acostumbraba, y luego de tartamudear mucho y de divagar más, empezó por hacer un símil entre la luz del sol cuando se eclipsa y deja en tinieblas al mundo, y su puño (corazón) que así mismo quedaba en tinieblas cuando no veía los resplandores de sus ojos, pues su corazón sangraba de sintió (de amor).

Quicay se echó á reír, no porque le viniera de nuevo la redundancia tagala en materias de amor, sino porque Lucio, al hacer su declaración se puso caracoreado que daba lástima, semejándose á un niño lloron.

Es preciso convenir que Quicay era coqueta y que tenía la imaginación llena de quimeras y fantasmagorías, como todas las niñas de raza oriental.

Un día que pasaba por el puente de Tinajeros en la calzada real, vió á un sargento castila sentado en el cuerpo de guardia. Este le dijo un chicleo, pero ella pasó de largo, y del mismo modo pasó aquella galantería. Pero, sucedió que á los pocos días fué el sargento quien pasó por delante del bahay de Quicay, se detuvo al ver á esta en la puerta y en vez de repetirla que era bonita, le murmuró al oído que la amaba.

Desde aquel día, la casualidad hizo que ambos pasaran con frecuencia por delante de sus respectivas casas.

Una tarde, Quicay y el sargento tuvieron una larga conversación.

Lucio no ignoraba todo esto, y procuró ganar la delantera al militar; de aquí que se atreviera á los excesos oratorios de su declaración amorosa.

Pero la *dalaga* tenía ambiciones más aristocráticas, y los galanes del sargento, la postura marcial de su uniforme y sobre todo el espeso y largo bigote de su adador, conquistaron su corazón.

La noche del día en que el militar tuviera tan íntima conversación con Quicay, cuando los habitantes de Tinajeros estaban entregados al reposo y solo se oía el canto repetido de casa en casa del vigilante gallo, este salió de su bahay con un pequeño lio en la mano derecha y el perrillo debajo del brazo izquierdo.

Su paso furtivo, su mirada inquieta, demostraban bien á las claras su resolución insensata.

Cuando hubo entornado con temerosa mano la puerta del bahay, descen-

dió despacio la escalera: miró azorada hacia su espalda, pues acababa de oír ruido entre la hojarasca, quizás por el paso de algún roedor nocturno ó de alguna *saua* (serpiente casera) que iba en busca de las gallinas. El perrillo intentó ladrar, pero Quicay le tapó con las manos el hocico y se alzó rápidamente sobre la punta de los pies.

Los recelos, tenían desvelado al pobre Lucio; su corazón le advertía quizás la infidelidad ó á su amada, así es que al doblar Quicay la esquina, le halló allí de planton como si la esperara.

—¿Abá Lucio—dijo sorprendida la niña, poniéndose más encarnada que un tomate.

—¿Dónde tá camina vos?

—Sulung, no he de dar cuenta contigol... Y apresuré el paso.

El perrito forcejeaba por saltar á tierra, gruñendo al traves de los dedos de Quicay.

Lucio se puso á su lado y siguióla en silencio.

Pero, al doblar una esquina se encontraron con el sargento que estaba de guardacanton.

Coger á Lucio de improviso por el cuello de la camisa, sacudíle, darle un puntapié y arrojale dentro de un charco, todo fué obra de un instante.

Y los dos amantes desaparecieron.

III

A la mañana siguiente se encontró á Lucio ahogado debajo del arco del puente de Tinajeros.

J. B.

LAS NIÑAS RICAS

(De La Epoca)

Soltero, no te cases con niña rica, que indica ó que tienes ingleses ó... ¡pobre chical (Llamada y tropa.)

¡Loado sea Dios que dice en el testimonio 5375 de la Revalenta Arábica la Marquesa de Braham; y qué pregunta tenéis los provincianos, querido Carlos; no lo digo por la que se refiere á tu suegra, y paso por lo de... pero, hombre, preguntarte el por qué la mayor parte de las niñas ricas se casan mal ó con fantoches es el colmo de tu manía preguntona.

Pues por eso, provinciano de mis pecados, por eso, porque son ricas, y si no, fíjate en que la sabia natura ha dotado siempre á los *ejemplares* raros de alguna defensa que suele ser al mismo tiempo su perdición, como el aguijón lo es de la acudalada abeja. Ahora bien: esa aureola de escamas que está siempre rodeada la niña rica es una gran defensa, condrás en ello; pero es al propio tiempo la desgracia de toda su vida, porque aunque sus consultas con el espejo la digan que tienen los atractivos suficientes para tornar á cualquier afortunado mortal, sus consultas con el "manual de la continua desconfianza," para uso de niñas ricas (obra de consulta que tienen siempre á su disposición papá, mamá *and company*), la probarán que no hay más acciones desinteresadas en el mundo que sus acciones de Banco.

Más te valiera ser franco y decir lisa y llanamente: ¿Crees tú que me conviene casarme con R...? Entonces me permitiría el lujo de contestar al tenor ó bajo siguiente:

Nada, nada, chico; espera á ese momento crítico de los cuarenta años en que las niñas ricas, llorando lágrimas de desesperación al recordar su juventud perdida por la miserable desconfianza, se dedican en cuerpo y alma á la beatitud; y, créeme, vals mas, ya que tanta afición se ha desarrollado á estar *haciendo* de subordinado, que te reserves para entonces y consigas un puesto cualquiera de *vademecum*, ó llámese marido, de una de esas respetables ex-jóvenes, que no el que ahora entregues lo que te queda de juventud al suplicio diario (porque fíjate bien: aquí no hay turno por ó impar, *es á diario*) de tener que hacer de administrador de una niña rica bjo el ojo vigilante de sus cancheros y apurado hasta las heces el cáiz de la amargura.

Cosa que al Señor humildemente pide aparte de tus líbios.

Tu venerable y ya tonsurado amigo, ANTONIO HOFFMEYER.

Y no pued's aspirar al puesto del pucicella cómodo y manejable que toda mamá de niña rica su ña para propegar su estirpe.

La sugra, que es un sér eminentemente escamón, y que ha soñado para su hija un millonario si necesita dorar unos descoloridos pergaminos, ó un título si, al contrario, necesita descolorir la roja sangre adquirida detrás del mostrador ó por la congestión de las talegas, verá siempre en tí un enemigo; en el primer caso, porque estás bastante lejos de ser un Crespo, y en el segundo, porque en su ridícula vanidad de *parvenu* no sabe limitarse á que su hija siga "la oscura y feliz senda que han seguido las pocas sabias que en el mundo han sido."

Sabes que siempre he creído que todo el que pide consejos es para tener el inmenso placer de no seguirlos; te casarás, pues, y, según proveo, antes de que termine el verano, y antes de haber comenzado el invierno ya te habrá explicado tu mujer que hay cosas de que tú no entiendes. El número de estas cosas va aumentando considerablemente hasta Navidad, y en la primavera próxima ya estarás hecho un ídem, y empezarán las reflexiones más ó menos filosóficas, y te convencerán de que no hay quien te entienda y de que ella no puede ocuparse de ciertos detalles, y finalmente, que *para eso sois ricos*.

Y aquí está el caballo de batalla, lo terrible, lo inevitable, lo insoportable, porque tú no lo podrás soportar, te conozco lo bastante para ello; y no te hagas ilusiones, podrás dilatar la aparición del *bouquet* final un año, dos, tres si quieres; pero al fin se pronunciará la frase sacramental, terrible, amenazadora, teroz.

Un día cualquiera, ó porque la temperatura es tormentosa y la electricidad ha puesto en tensión los nervios de tu impresionable consorte, ó porque le hace arrugas algun vestido nuevo, ó por el motivo que quieras, entre dos sollozos de su crisis nerviosa se le escapará el decir: "¿Qué necesidad tenía yo de haberme casado para esto?...". La primera carta que me escribas despues de este desahogo estará fechada en América; porque la frase de Beaumarchais de que "la mujer es para su marido lo que este la ha hecho," á tí, profundo pensador, te podrá parecer un profundo pensamiento; yo, ignorante y pecador de mí, creo que es una profunda tontería, porque si he visto marido (y muchos) que son lo que sus mujeres les han hecho, no he visto más que tres ejemplos de lo contrario, y uno de ellos murió cuando se iba *haciendo*.

Ten además muy en cuenta la grave dificultad de lo que llamaremos la lista civil, en la cual no vco más que dos soluciones. O tienes que repartirla por meses, como el impuesto de los perros, y á esto no se pueden someter más que espíritus miserables y desconfiados, y tu no lo puedes hacer siendo ella la rica, ó su color de la confianza más absoluta y maquiavélica, te d'ijn en absoluto el manejo y administración de todos sus bienes, en cuyo caso estás expuesto á las retribuciones de tus apreciables suegros (porque en todo esto quiero suponer que no interviene la niña) al menor asunto que no salga á su completa satisfacción y como te habrás fijado en que las economías de los Ministerios no rezan más que con los auxiliares de 6.000 rs., á la segunda ó tercera equivocación te elevan á la categoría inmediata superior de tenedor de libros con sueldo fijo.

Nada, nada, chico; espera á ese momento crítico de los cuarenta años en que las niñas ricas, llorando lágrimas de desesperación al recordar su juventud perdida por la miserable desconfianza, se dedican en cuerpo y alma á la beatitud; y, créme, vals mas, ya que tanta afición se ha desarrollado á estar *haciendo* de subordinado, que te reserves para entonces y consigas un puesto cualquiera de *vademecum*, ó llámese marido, de una de esas respetables ex-jóvenes, que no el que ahora entregues lo que te queda de juventud al suplicio diario (porque fíjate bien: aquí no hay turno por ó impar, *es á diario*) de tener que hacer de administrador de una niña rica bjo el ojo vigilante de sus cancheros y apurado hasta las heces el cáiz de la amargura.

Cosa que al Señor humildemente pide aparte de tus líbios.

Tu venerable y ya tonsurado amigo, ANTONIO HOFFMEYER.

CASAS DE LOS HOMBRES POLITICOS

La *Vie Parisienne* ha hecho una descripción ideal de las casas de Leconte de Lisle y Julio Simon, según los gustos, sueños y aspiraciones de cada uno de estos hombres célebres.

Y para que no sean menos los hombres célebres de nuestro país, Mariano de Cavia ha hecho á su vez la descripción de las casas de varios políticos españoles tal y como supone que ellos se las imaginan. Copiamos las dos siguientes:

CASA DE CASTELAR.

EXTERIOR.

Palacio inmenso de arquitectura maravillosa, que participa de la pagoda indica, el templo griego, la mezquita musulmana, la catedral gótica y la refinaria de azúcar.

Los cuatro fachadas al Mediodía. Rodeando bosquesillos como los de Cintra, jardines como los de Versailles y un parque como la huerta de Murcia y la vega de Granada juntas, en cuyo centro se levanta un cenador con una cúpula como la de San Pedro en Roma, sobre la cual se alza todas las noches la luna como una hostia sublime.

Está situado sobre la vertiente del monte Olimpo, con las nevadas cumbres de la Jungfrau y el Simplón á la espalda, los lagos de Escocia á la derecha y las cataratas del Niágara á la izquierda, y allá abajo jah el hermoso mar Mediterráneo con el golfo de Nápoles á un lado, la bahía de Cádiz á otro y las islas Jónicas en medio.

INTERIOR.

Lo decoran todas las obras maestras que han producido los artistas de todas las edades. Hasta en la cocina hay cacerolas cinceladas por Benvenuto Cellini, y en la despensa frescos de Miguel Angel. El lujo es tan esplendoroso, que los estropajos para fregar son chales de Cachemira, y las escobas sólo barren perlas de Ceylán.

En los salones se vé derrochado el oro, y el marfil, y las piedras preciosas; pero en ninguno se vé una sola silla. No hay mas que divanes, otomanas, sofás, confidentes y marquesitas de 45 muelles. Pebeteros en todos los rincones. Surtidores de exquisitos perfumes por todas partes. Están proscritos los ruidos, aún los mas ténuis; y las músicas, aun las más armoniosas. En cambio, todas las estancias están provistas de fonógrafos perfeccionados que repiten sin cesar discursos del Gran Orador.

En el pórtico del palacio guardan constantemente sus órdenes Pericles, Alejandro, Cleopatra, Augusto, San Juan Evangelista, Calígula, Virgilio, Attila, Gengis-Kán, Genoveva de Brabante, Abelardo y Elois, San Francisco de Asís, Juan de Leyden, Savonarola, Leon X, Lorenzo el Magnífico, Herán-Cortés, Fray Luis de Granada, la Princesa de los Ursinos, Mirabeau, Lamartine, Gambetta, y coro general de sirenas, faunos, dríadas, napeas, mancebos atenienses, doncellas del Epiro, monjes maronitas, bárbaros del Norte y electores del distrito de Huesca, con acompañamiento de mucha artillería, mucha caballería y mucha Guardia civil.

A las órdenes inmediatas del jefe están, vistiendo la toga romana y coronados de rosas, Abarzua, Maisonave y Celleruelo, que de cuando en cuando se miran y sonríen como los antiguos augures.

CASA DE ROMERO ROBLEDO

EXTERIOR

Un cortijo andaluz, seis veces mayor que el del Romeral, doce veces más hermoso, veinticuatro veces mejor situado y cuarenta y ocho veces más productivo.

Delante de la fachada principal de la casa, se extiende una plaza con varias estatuas de *Lagartijo* en diversas actitudes; rematando una larga, dando una verónica, citando para banderillas, dando un pase con la izquierda, arrojándose para herir, dando la puntilla, etc., etc.

INTERIOR

Las comodidades todas de la vida andaluza, unidas al *confort* moderno. Un patio, copiado exactamente del de la casa de *Lagartijo* en Córdoba; otro patio igual al de los Naranjos de la Catedral de Córdoba, y otro patio como el de caballos en la Plaza de Toros de Madrid.

En los aposentos, cien y cien retratos de *Lagartijo*, al óleo, al pastel, á la aguada, al temple, al fresco, al cromo, en fotografía y en grabado; vistas de las plazas en que ha torreado *Lagartijo*; divisas que han llevado los toros muertos por *Lagartijo*; cabezas de toros banderillados ó estoqueados por *Lagartijo*; trajes de *Lagartijo*; capotes de *Lagartijo*; zapatillas de *Lagartijo*; collitas de cigarros echadas á *Lagartijo*...

En la biblioteca no hay más que colecciones de carteles, programas y bil-

les de las corridas en que haya torreado *Lagartijo*; revistas de las mismas corridas y de todas las de los discípulos de *Lagartijo*; contratas firmadas por *Lagartijo*, y cartas amorosas dirigidas á *Lagartijo*.

Una sola estancia carece de este carácter. Es un salon de conferencias exactamente igual al del Congreso, para recibir las visitas; no se diferencia del de Madrid sino en que los retratos y los bustos de los ángeles son todos del dueño de la casa.

TRIBUNALES FRANCESES

LADRONES EN MARSELLA

Robos y asesinatos en las calles

En los últimos días del año pasado y en los primeros meses del actual, las calles de Marsella, despues de anochecido, ofrecían igual seguridad que un bosque plagado de bandidos.

El marselés, ó forastero, que se atrevía á pasar solo por las calles más concurridas, así como los que se retiraban sin compañía del teatro, veíanse expuestos á un serio perance.

El peligro era, antes de llegar uno á su casa, verse atacado y despojado del dinero y las alhajas que llevase, y si se resistía, tenía delante de sí la perspectiva de recibir una puñalada ó un tiro.

Los robos y las agresiones nocturnas se cometían en el mismo centro de la ciudad, en las calles más alumbradas; y estos robos y asesinatos sucedían con tal frecuencia, que los vecinos no salían á la calle si no tenían absoluta necesidad de ello, y con el recelo y el temor consiguientes.

Delitos y crímenes cometidos.

En los días 16, 23, 30 y 31 del mes de enero de este año, los Sres. Guthier, Naville, Bidache y la Sra. Jause-rand, habíanse visto atacados por ladrones en la calle de Tapis-Vert, y despojados, maltratados y amenazados de muerte. El día 3 de marzo, ocurrieron otros tres robos de ladrones, con amenazas de asesinato.

Los autores de estos escandalosos atentados, no fueron habidos, y se ignoraba quienes eran; de modo que la audacia de los criminales tomó mayor incremento, como resultado de la impunidad.

Así el mes de marzo fué verdaderamente desastroso para los noctámbulos. El día 5, era robado y maltratado el Sr. Villard, en la calle de Gotelée.

El día 6, á las dos de la madrugada, Mr. Wilfran Canaple, comerciante muy conocido en Marsella y en París, salió del Casino y pasaba por la calle de Paradis, cuando tres individuos se arrojaron sobre él, y amenazándole con pistolas y puñales, le robaron la cartera con 1,200 franco, el reloj, el porta-monedas y el gabán.

Des días despues, el 8 á media noche, Mr. Richard, comerciante de Drome, iba á la estación de Saint Charles, cuando en el boulevard del Norte fué asaltado por cinco individuos que quisieron robarle el equipaje. Mr. Richard resistió y gritó pidiendo socorro. Los bandidos le dispararon varios tiros de revolver y de pistola, le robaron el equipaje, y al siguiente día el desventurado Mr. Richard falleció en el Hospital, de las dos balas que recibiera, en la cabeza y en el vientre.

El día 23, otros tres robos, en el pasaje Pierre-Pugot, y calle de Paradis.

El 25, otros dos robos. Por último, el 3 de abril, se cometía otro asesinato con circunstancias verdaderamente horribles.

Eran las dos de la madrugada, cuando un oficial tapicero, el joven Calas, de regreso de su trabajo (había decorado un salon de baile) pasaba por la calle de Roma, cuando, á doce pasos del Gobierno civil, cinco malhechores se le echaron encima, y sin decirle una palabra, uno de ellos le hundía un enorme puñal en el vientre. A los gritos, acuden los transeúntes, y los asesinos huyen. El pobre Calas moría en el Hospital al día siguiente.

Una hora despues, nuevo ataque de los bandidos, con robo, golpes y amenazas de muerte.

Marsella estaba absolutamente aterrizada. No se hablaba sino de los atentados nocturnos. Los vecinos organizaban patrullas particulares, con autorización y auxilio de la policía, que redobló la vigilancia.

Captura de los asesinos.

En la misma tarde del día en que se cometió el asesinato del joven Calas, la policía detenia á cuatro tunantes, que se sospechaba fuesen los autores del crimen: Expósito, Tegami, Bocconi y Bigazzi.

A Tegami se le encontró un puñal ensangrentado que llevaba escondido, y con el cual había asesinado á Calas.

A Expósito se le encontró una pistola Lefauchaux de gran calibre, que correspondía con la bala que se extrajo al comerciante Richard.

No había lugar á dudas; se había cogido á gran parte de la cuadrilla.

El resto, pronto fué encarcelado; y se componía de los individuos Vespí, Zampilli, Soldani, Vannuccini y Gennari.

Dos de la cuadrilla pudieron huir: Peduano, y Gaillac, este último, francés.

Instrucción del proceso.

Durante la instrucción del proceso, que ha facilitado notablemente un co-detenido con sus revelaciones, y ante quien los asesinos se habían alabado de sus crímenes, los acusados dieron muestras de una astucia y sangre fría extraordinarias.

Habían fabricado cuerdas, puñales y tambien llaves que abrían los hierros con que se les habí sujetado. Habían ya decidido un plan de evasión, que hubieran realizado con éxito, si el co-detenido Baldini no les hubiese denunciado.

Ante el Tribunal.

En la sala del Tribunal de los Asesinos de Aix, donde se les juzga, dán esos malhechores muestras de gran cinismo, negando ante las pruebas más evidentes, que hubiesen tenido participación en los atentados del invierno último.

Así, en el momento en que Baldini declara acerca de un hecho relativo á Bocconi, se produce un incidente violento: Bocconi se quita un zapato con gran presteza, y lo arroja á la cara de Baldini, por traidor.

Hubo que ponerle esposas á Bocconi. Pero ya se habían tomado serias precauciones, para evitar cualquier escapatoria que intentasen esos ladrones audaces.

Diez gendarmes vigilaban de cerca á los acusados, y además, en cada banda de la barra se colocaron cuatro soldados con fusil y bayoneta calada, con órden de hacer armas contra los acusados, si, como se presumía, intentaban evadirse.

Acusacion Fiscal.

El Fiscal Mr. Bujard en una requisitoria muy concisa y enérgica, pide la pena de muerte para Expósito y Tegami, primero y segundo jefes de la cuadrilla. Admite circunstancias atenuantes para Bocconi y Bigazzi, que no cometieron asesinato.

Las defensas.

Expósito, Tegami, Bocconi y Bigazzi, han sido habilmente defendidos por los abogados Sres. Masson, Aninard, Arnaud y Pelisier.

El fallo del Jurado.

Ciento cincuenta y cuatro preguntas se presentan al Jurado.

Durante la lectura de ellas, Expósito y Tegami, antes tan audaces y vocingleros, parec-n estar muy abatidos.

Bocconi sigue tan aborotado como durante los debates. Este individuo, que tiene una abundante cabellera, exclama:

—¿Pero no veis, Sr. Presidente, que si me dejé crecer el cabello, es para que el verdugo pueda más fácilmente quedarse con mi cabeza? Si debo ser condenado á un solo día de prision, prefiero la muerte, porque soy inocente."

La sentencia.

Al continuar la audiencia, se habían tomado serias medidas de precaución. El público había sido despejado de su parte más levantisca.

Los acusados se presentaban cargados de esposas y grilletes, principalmente Tegami, Expósito y Bocconi.

Expósito y Tegami son condenados á muerte, y su ejecución debía verificarse en Aix.

Bocconi es sentenciado á diez años de presidio; á seis años Bigazzi, Vespí y Soldani, y Zampilli á cinco años.

Vannuccini y Gennari, son absueltos

Era necesario un escarmiento, y los marseleses han felicitado al Jurado de Aix por su fallo.

La princesa permaneció tranquila, al parecer, pero sus cejas se fruncieron, sombreando de un modo singular sus ojos.

—Aunque en un momento de estupidez te halles dispuesto á destruir tu porvenir, aquí estoy yo para impedirlo. Pero, no solo se trata de nosotros; sagrados intereses nos obligan á asegurarnos á toda costa la posesion de Willeza, y debes conocerme lo bastante para suponer que no he de sacrificar mis planes á los caprichos de un niño. Ya sabes que estoy acostumbrada á ser obedecida. Te declaro, pues, que iremos á Willeza, á casa de tu hermano; y que te ordeno que le trates con todas las consideraciones que yo mismo te prodigo. ¿Lo has entendido, Leon? Pido y exijo tu obediencia.

El hijo de la princesa podía encolerizarse, pero no sabia resistir.

—Procuraré—añadió la madre—que no haya disputas entre vosotros. Partiremos dentro de ocho días, y cuando Wandina esté en casa de su padre, la vereis con menos frecuencia. Te aseguro que estoy resuelta á no permitir más entrevistas entre ella y Nordeck. La de hoy será la primera y la última.

Despues envió á Pawlick á echar la carta al correo.

A los pocos días, el conde Morynski debía saber que su hermana se negaba á aceptar su generosa hospitalidad, y que la antigua dueña de Willeza había entrado en posesion de sus perdidos privilegios.

—Soy muy mal narrador. Os la contarán mejor los habitantes de la costa.

—¿Quiero oír de vuestra boca. Empezad, pues.

Nordeck frunció el ceño (pero la orden había sido dada de un modo tan imperioso)

—¿Lo quereis?—dijo con áspera voz.

—Sí, lo quiero, y ya podeis dar comienzo á vuestro relato.

—Ya que os empeñáis en ello, os haré una retación prosáica, puesto que no es posible dar lo que no se tiene. Según la tradición, Vineta fué la capital del pueblo que vivió antiguamente en estas costas. De todas partes afluían á su recinto riquezas y tesoros. Por desgracia, el orgullo y los crímenes de sus moradores provocaron las iras del cielo, y un día las olas sepultaron la noble ciudad bajo sus verdes aguas. Nuestros marinos afirman, que en ciertas ocasiones se vé la hermosa Vineta en el fondo del abismo. Han visto sus torres y sus iglesias y hasta oido repicar sus campanas. Añádes que algunos privilegiados han tenido la vision de la ciudad encantada saliendo de su hámedo sudario para ostentarse á la luz del sol resplandeciente como en otro tiempo. La gente del Norte no carece de imaginación...

—No me expliqueis nada—dijo precipitadamente Wandina.—¿Qué me importa la realidad del hecho, con tal de que me seduzca? Vuestra historia es muy hermosa.

—No lo sé—repuso Waldemar un tanto cortado.

—¿Es posible que la poesía os sea tan indiferente?—dijo la condesa.—El caso no deja de ser raro.

Nordeck miró á su prima con desconfianza.

—¿Estamos aquí en medio de piedras sagradas?

Nordeck se encogió de hombros y contestó:

—Debeis preguntar eso al doctor Fabian, mi sábio preceptor. Los tiempos prehistóricos le son más familiares que los nuestros. Podría daros noticias exactas acerca de nuestros padres y de sus costumbres, y á hacerlo, su satisfacción no reconocería límites.

—La mia no sería tan grande—dijo la condesa Morynski sonriendo; ¿mas, por qué causa el doctor Fabian no os ha comunicado algo de su pasión por el pasado? Me parece que sois indiferente á sus glorias.

Waldemar hizo un ademán desdefioso, y dijo: —¿Quién se cuida ya de esos cuentos de otras edades? Los campos y los bosques no me interesan mas que cuando voy de caza.

—¿Cuán prosáico sois! Teneis la cabeza llena de historias de caza, y estoy segura de que aquí en este antiguo asilo de hadas, no pensáis más que en liebres y pájaros.

—No—repuso Nordeck con voz suave y pausada—pienso en una cosa muy distinta.

—Me alegro mucho. ¿Véis esas luces, allá á lo lejos? Parece que las olas agitan millares de estrellas.